

**XXIX Jornadas de Investigadores del Instituto de Literatura Hispanoamericana  
Facultad de Filosofía y Letras (UBA) - Buenos Aires, marzo de 2017**

**Las crónicas misioneras: el caso Motolinía**

María Inés Aldao

ILH – CONICET

Cuando analizamos los textos coloniales escritos durante o después de la conquista de México, uno de los errores en los que se puede incurrir es el de considerarlos similares, tanto los compuestos por frailes, por mestizos, por soldados o conquistadores. No obstante, no es lo mismo estudiar un texto escrito por un mestizo descendiente de la más alta estirpe indígena de Texcoco (como el caso de Juan Bautista Pomar, descendiente del tlatoani texcocano Nezahualcóyotl), como las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, textos atravesados complejamente por la argumentación, o las crónicas escritas por los frailes que arribaron a Nueva España con el objetivo explícito de evangelizar. En mi actual investigación, intento deslindar las peculiaridades de cada tipo de crónica, aún cuando refieran a temas similares como el pasado indígena, la conquista de México, las expediciones post conquista, por señalar solo algunos.

En esta oportunidad quisiera compartir una reflexión en torno a lo que llamo “crónicas misioneras”, aquellos textos coloniales que fueron escritos por frailes de distintas órdenes religiosas desde mediados a fines del siglo XVI no con el objetivo de transmitir las peculiaridades de los habitantes y tierras de la Nueva España (aunque esto aparezca intermitentemente en sus textos) sino para mostrar el estado de “paganismo” de los indígenas mesoamericanos y, desde allí, plantear y transmitir el mejor modo de cambiar dicha realidad. Desde esta definición incipiente y que requiere desarrollo, me centro en particular en una crónica poco analizada como es la *Historia de los Indios de la Nueva España*, del fraile franciscano Toribio de Benavente, más conocido como Motolinía (Motolinía significa, en náhuatl, “pobre” o, en una acepción más lastimosa, “pobrecito”). Este fraile, conocido por ser uno de los “primeros doce” en llegar a Nueva España en 1524

y ser recibidos con toda la pompa por Cortés, conocido también por sus disputas con otras órdenes a causa de, entre otras cuestiones, los bautismos en masa,<sup>1</sup> fue un gran propagandista del franciscanismo y tuvo una intensa labor de escritura en los muchos años que estuvo en México (llega en 1524, a los 34 años aproximadamente y allí se queda hasta su muerte, en 1569, a los 79 años).

La *Historia de los Indios de la Nueva España* es una obra escrita a lo largo de varios años, entre 1536 y 1541.<sup>2</sup> Su escritura se origina cuando el Capítulo Seráfico de 1536 encarga a Motolinía investigar costumbres, creencias y organización de los mexicas antes de la conquista y ampliar, en caso de ser necesario, con la labor misionera de los franciscanos. Sin embargo, contrariamente al pedido expreso de su orden, esta crónica no tiene prácticamente nada de “historia de los Indios”. Esta es una obra de propaganda: el fraile desatiende lo etnográfico, da poco lugar a lo precolombino (apenas ocho capítulos que abordan cuestiones inherentes a la religión indígena)<sup>3</sup> y se centra en las proezas de los frailes.

Esta es una de las peculiaridades de las crónicas misioneras: otras crónicas, como las mestizas, dedican la mayor parte del texto a la descripción del “estilo de vida” indígena (los orígenes de las cabeceras, las guerras entre pueblos o grupos, los muchísimos dioses y templos, etc) y, en general, a la irrupción de Hernán Cortés y sus huestes en México, la consecuente conquista y episodios relacionados a ésta como la Matanza de Cholula, la Masacre del Templo Mayor y la Noche Triste, siempre desde distintas perspectivas y con versiones diversas. Las crónicas misioneras, por el contrario, dedican una parte muy menor a los pueblos mesoamericanos, sólo la que interesa a sus objetivos evangelizadores (por ejemplo, se describirá con rechazo los “templos del demonio” y los “cruels verdugos” que realizan sacrificios humanos, actos que permiten al enunciador asociar la espiritualidad

---

<sup>1</sup> El texto habla de más de nueve millones de bautizados hacia 1537 (229). Dice Giuseppe Bellini: “La contienda entre Motolinía y Las Casas surge de una distinta concepción de la conquista: legítima y providencial para el primero, totalmente ilegítima para el segundo” (1988: 15).

<sup>2</sup> Es, a su vez, el texto final de un conjunto de textos conocido como “Memoriales”, borradores de trabajo que sirvieron de apunte para su obra definitiva (Baudot, 1985: 53). El manuscrito “Memoriales” fue publicado dos veces, en 1861 lo compra Icazbalceta. En 1937 fue vendido a la Universidad de Texas, en Austin, donde hoy en día se halla. Si bien la *Historia* tiene muchos elementos de los *Memoriales*, éste también aporta datos que no se encuentran en la *Historia*, por ejemplo el Calendario (con fecha 1549). Se estima que fue compuesto entre 1536 y 1543 (Baudot, 1985: 55).

<sup>3</sup> La *Historia* se compone de los tratados Primero, Segundo y Tercero, que comprenden quince, once y diecinueve capítulos respectivamente.

precolombina al “traslado del infierno” en la tierra). Además, las crónicas misioneras omiten deliberadamente el relato del proceso de conquista de México. Se basan, entonces, en el presente absoluto, en el aquí y ahora del enunciador (de hecho hay muchas referencias no sólo al proceso de escritura sino a episodios casi paralelos al momento de enunciación) y en el relativo éxito de la conversión de los infieles. Y digo relativo porque sobre todo en el caso de Motolinía, el enunciador oscila entre un aplastante entusiasmo que aclama el fin de la idolatría y un ojo atento a las experiencias sincréticas que seguían teniendo lugar en Nueva España, posición contradictoria que será, también, una peculiaridad de este tipo de crónicas.

Pero hay otra cuestión más: el enunciador en estos textos incurre en un movimiento que suele ser velado en las crónicas mestizas (a excepción de las más atípicas, como la de Cristóbal del Castillo): la crítica categórica y, por momentos, despiadada, a los españoles (españoles no frailes, se entiende), soldados, colonos, conquistadores, en clara referencia a los acontecimientos socio-políticos de la instancia postconquista. Respecto de esto, el inicio del texto es rotundo: la Historia comienza con la descripción de las diez plagas que, según el fraile, azotaron “esta tierra de Anáhuac”. La primera refiere a las pestes traídas por los españoles; las otras nueve, se relacionan con el accionar de los conquistadores sobre los indios: la violencia ejercida en la guerra de conquista, el hambre posterior (“zánganos que comen la miel que labran las pobres abejas que son los indios”, p. 120), la esclavitud, los tributos excesivos, el trabajo en las minas y la edificación de la ciudad de México (a raíz de la cual los indios morían al caer, aplastados, golpeados por grandes vigas). La décima plaga, dice el narrador, es la división en bandos de los españoles una vez instalados en América: estos nuevos colonos se ajustician y destierran entre sí, generando un estado de belicosidad permanente mientras que los únicos que bregan por la paz son los frailes (126). En el texto, además, el español instalado en Nueva España es objeto de constantes y vehementes recriminaciones: por impedir la evangelización a través de la esclavitud del indio, por desinterés para con los mismos pero, también, por las peleas y disputas continuas hacia los frailes. En varias ocasiones, dice Motolinía, los españoles humillan a los frailes “con injurias y murmuraciones” que les hacen poner siempre “la paciencia por escudo” (302). Los españoles, dice, no quieren catequizar a sus indios, por enojo con el clero no dan limosna, se quejan de las reconvenciones y esto genera que les tengan “una cierta manera

de aborrecimiento”. Exigen, a la vez, tributos tan grandes que varios pueblos, al no poder cumplirlos, han quedado despoblados (303). Por eso, dice el fraile, si no fuese por los franciscanos nadie procuraría la cristiandad ya que los españoles solamente pretenden su interés (311), crítica muy común en estas crónicas y que contrasta con la austeridad proclamada por el franciscanismo: “(los españoles) Vienen muy pobres de Castilla, con una espada en la mano, y dende en un año (...) las casas todas han de ser de caballeros” (185), Dice, además: “(así) por cubrir el desventurado cuerpo con desordenadas y vanas pompas y trajes de gran locura, queda la desventurada ánima pobre, fea y desnuda” (132). Otra queja recurrente en el texto: los españoles son delicados, holgazanes y cómodos: se hacen vestir por los indios “como a manco” (190). En el mejor de los casos, prosigue el narrador, el español osa ir a misa luego de que un indio lo aseó, vistió y subió al caballo y luego de oír el sermón, necesita reposar porque está muy cansado (191). Además, hace una distinción que sí se encuentra en toda crónica mestiza: la esclavitud prehispánica comprendía el buen trato del servidor y, en varias ocasiones, hasta era voluntaria (por ejemplo, entre los tlaxcaltecas), distinto a la situación de un indio reducido a la servidumbre por parte del español (242).

Otras actitudes españolas son objeto de crítica desde esta mirada franciscana: el hecho de que no se confiesen, sus “enredos y embarazos” (152) y su codicia: por ejemplo, al ver un ídolo hecho de oro y chalchihúitl, no les interesaba erradicar ese símbolo de paganismo sino hacerse de ese objeto valioso (255). Los españoles, descritos casi siempre en grupo, sin individualización ni personalización, son cínicos que se sirven de los indios pero, a la vez, se mofan de ellos: en el texto se relata cómo los españoles se ríen (no paternalista sino burlonamente pues se ríen a carcajadas) de danzas realizadas por niños indígenas durante las fiestas patronales (192). La indignación del enunciador llega a tal punto que utiliza para referirse a los españoles, entre otros epítetos, “(por todo esto y más, son) escorias y heces del mundo” (299).

Dentro de esta visión negativa del español, se exime únicamente a Cortés. Este posicionamiento complejo del fraile en el que defiende la conquista por posibilitadora de la introducción de la fe pero no las actitudes pecaminosas de los miembros de dicha gesta, es una de las tantas características de las crónicas misioneras.

Otra cuestión típica es la referencia permanente a la trabajosa labor de los frailes en América. El enunciador de la Historia cuenta en detalle y en repetidas ocasiones cómo un día normal de un evangelizador consta de asistir a treinta enfermos, celebrar doscientos casamientos, velar mínimo a un difunto y, por supuesto, predicar (248). Una queja velada recorre el texto: hay pocos frailes y mucho trabajo (248). Dice el narrador:

Y como los sacerdotes son tan pocos y reciben mucho trabajo, porque acontece un solo sacerdote tener muchos que bautizar, y confesar, y desposar, y velar, y predicar, y decir misa, y otras cosas que no puede dejar. En otras partes he yo visto que a una parte están unos examinando casamientos, otros enseñando los que se tienen de bautizar, otros que tienen cargo de los enfermos, otros de los niños que nacen, otros de diversas lenguas e intérpretes que declaran a los sacerdotes las necesidades con que los Indios vienen, otros que proveen para celebrar las fiestas de las parroquias y pueblos comarcanos, que por quitarles y desarraigarles las fiestas viejas, celebran con solemnidad, así de oficios divinos, y en la administración de los sacramentos, como con bailes y regocijos; y todo es menester hasta desarraigarlos de las malas costumbres con que nacieron. (248)

Más adelante aludirá al dolor de brazos que causaba a los frailes sostener todo el día el jarro del bautismo ya que, si bien cambiaban su jarro de brazo en brazo para evitar mayores daños, terminaban doloridos de ambos, pero también a los callos y llagas en las manos por la manipulación de elementos bautismales y a las quemaduras del sol en la cabeza por estar fuera del convento al servicio de los indios (248). Encontramos en el texto muchos relatos del tipo: a tal fraile en tal pueblo, le dolía la calva por la exposición solar; a tal otro fraile, en otro pueblo, le sangraban las llagas, etc. Así, enumeración e hipérbole recorren estos comentarios que van desde la anécdota precisa hasta la descripción general y repetitiva de las implicancias de las tareas de los frailes en Nueva España. El fraile se convierte, allí, entonces, en un Cristo dolorido y sangrante que continúa su labor, a pesar de esta especie de crucifixión en vida, a pesar de las “fiestas viejas” y de los “malos españoles”, en pos de la evangelización del infiel.

Este continuo lamento tiene un costado peculiar: el enunciador de la crónica misionera releva el papel indispensable de la evangelización en Nueva España no de los frailes, en general, sino de su propia orden: para Motolinía, son los franciscanos los verdaderos servidores de la evangelización y, si bien no ahonda en las disputas entre órdenes (a excepción del caso Las Casas), su referencia constante al franciscanismo como la orden que posibilitó el ingreso de la fe da cuenta de su posicionamiento. Por ejemplo, dice que sólo tocando el “hábito y cordón de San Francisco” (275) las mujeres se han librado de partos peligrosos y se han curado distintos moribundos, y que debido al rezo a San Francisco un niño resucitó (276), hechos que remedan la cita bíblica de Mateo “los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio” (Mateo 11:3-5). Es así como, según el narrador, cuando estos frailes son enviados a otros pueblos, los indios los siguen llorando: los prefieren por su paciencia, “porque éstos andan pobres y descalzos como nosotros, comen de lo que nosotros, asiéntanse entre nosotros, conversan entre nosotros mansamente” (301). Observemos en esta cita la fusión de la retórica náhuatl (la metáfora, la repetición) con el mensaje evangelizador del fraile, nuevamente la enumeración y las alusiones claras a la Biblia, por ejemplo, la parte en la que Jesús proclama a los fariseos “Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Marcos 2, 16) o la parte en que se relata que Jesús se hace pobre para estar entre los pobres (2 Corintios 8:9). Su mismo apodo, relato que recoge, entre otros, Mendieta, da cuenta de su adhesión a la regla franciscana, promulgadora de la austeridad y la pobreza. Cuenta Mendieta en su *Historia eclesiástica indiana*, que al llegar los doce franciscanos,

los indios se andaban tras ellos (...) y maravilláronse de verlos con tan desarrapado traje, tan diferente de la bizarría y gallardía que en los soldados españoles antes habían visto. Y decían unos a otros ¿qué hombres son estos tan pobres? ¿qué manera de ropa es ésta que traen? No son éstos como los otros cristianos de Castilla. Y menudeaban mucho un vocablo suyo diciendo: *motolinea, motolinea*. Y uno de los padres llamado Fr. Toribio de Benavente preguntó a un español, qué quería decir aquel vocablo que tanto repetían. Respondió el español: Padre, *motolinea* quiere

decir pobre o pobres. Entonces dijo Fr. Toribio. Ése será mi nombre para toda la vida. (2002, 353)

Si durante el texto, el enunciador se llama a sí mismo, en lugar de “franciscano”, “pobre”, “menor siervo” (114), “fraile menor”, el reparo puesto en el anuncio de la tarea “mayor” y definitiva en la historia de la evangelización funciona como fuerte contraste para persuadir al lector de que la transmisión de la fe se realiza gracias a los franciscanos. Ni frailes de otras órdenes, ni soldados conquistadores, aún siendo éstos responsables de catequizar a los indios que los sirven. Por eso, el enunciador de una crónica misionera, se posiciona en un lugar incómodo pero nuevo: no se considera ni español ni mestizo ni indio: es, simplemente, un evangelizador franciscano, dominico, jesuita, etc. Su “patria” (por utilizar un término sumamente impropio y anacrónico) es su orden. Y su orden le encomienda una tarea que realiza en términos irreprochables: evangeliza, escribe la historia de esa evangelización y transmite en ese escrito las pautas, normas, consejos necesarios para todo aquel que pretenda continuar dicha labor.

Una historia con estas características (y muchas otras más que aún debo deslindar), no puede sino ser compleja. Plagada de imágenes bíblicas, de “maravillas”, “espantos” y apariciones asociadas a lo católico (otro aspecto cuyo análisis dejo para reuniones futuras), la *Historia de los indios de la Nueva España* es una crónica misionera en la que Motolinía, mediante un uso casi obsesivo de la primera persona singular, escribe como parte de su labor evangelizadora, para informar a los frailes que no vendrán y alertar a los que sí lo harán, para dejar registro sólido de su paso por el Nuevo Mundo, para inscribir no la evangelización sino la marca de su orden en el orden evangelizador de la historia de la Nueva España.

### Bibliografía

Baudot, Georges (1985) “Introducción biográfica y crítica” en Motolinía, Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*. Madrid, Castalia.

Bellini, Giuseppe (1988) “Introducción”. En Fray Toribio de Benavente “Motolinía”, *Historia de los Indios de la Nueva España*. Madrid: Alianza.

*Biblia Latinoamérica* (1993) Madrid, Editorial San Pablo, 1993.

Mendieta, Gerónimo de (2002) *Historia Eclesiástica Indiana*. 2 tomos. México, Conaculta.

Motolinía, Toribio Benavente de (1985) *Historia de los Indios de la Nueva España*.

Edición de Georges Baudot. Madrid, Castalia.